A esas horas, Secto Yegoci regresaba a su casa en un coche de la policía con las luces de emergencia encendidas. Llevaba dos días sin descansar y estaba agotado. «Esta noche tampoco iré. En la práctica, estoy oficiando de Presidente», le había dicho muy ufano a Tesa Mimo, su novia. Ella, que se había arregostado al amor embravecido del político antes de dormir, rezongó con tibias protestas. «Tendrás que acostumbrarte a compartirme con la nación, como si fueras la primera dama», la intentó calmar Yegoci.

Cuando Tesa Mimo colgó el teléfono, se quedó cavilando sobre el significado de la última frase que había oído. Ella estaba preparada para compartir a su novio con otras mujeres y, de hecho, ya lo estaba haciendo, porque Yegoci se acostaba con todas las progres que le salían al paso, pero no sabía si estaba preparada para compartirlo con la nación. La nación eran, según su entendimiento, las señoras de los políticos de derechas que se vestían en las tiendas de la calle Flinn, las secretarias de los políticos de derechas que también se vestían en las tiendas de la calle Flinn y las amantes de los políticos de derechas que, obvio es decirlo, no podían vestirse sino en las tiendas de la calle Flinn. Si Yegoci llegaba a ser Presidente, se codearía con esas mujeres y se acostaría con ellas. A ojos de Tesa Mimo, las mujeres de derechas añadían al morbo de su posición social lo fino de su lencería y lo primoroso de sus artes amatorias, que en su imaginación despechada asimilaba a los modales que las señoras elegantes ponían en práctica en las cenas de gala.

De primera dama, Tesa Mimo se imaginaba repudiada por su vulgaridad y consolándose con el cuerpo de un tío bueno pero tan mediocre como ella. Un tío del tipo de Haros Furgencio, que padecía de vigorexia y le proponía marranadas al salir de las clases de yoga a las que por motivos muy distintos iban los dos. Haros Furgencio fue del primero que se acordó oficiando, en la práctica, de primera dama, según la terminología que había manejado Yegoci, y tenía el número de su teléfono en el bolso.

En el ascensor que lo conducía hasta la planta cuarta, donde estaba su piso, Yegoci pensó en Tesa Mimo, que aún no lo había visto en persona sin perilla. «Es el primero de los cambios que se nos avecinan», le diría. «Para ti, por ejemplo, se acabaron las drogas y el comprarse la ropa en los mercadillos». «Ah, y tendrás que aprender a no decir tacos y a comerte las naranjas con cuchillo y tenedor».

 Secto Yegoci llevaba diez cafés encima y le temblaba la mano. Cuando fue a abrir la puerta, la cerradura se le hizo la arisca y concluyó llamando al timbre.

–¿No dijiste que no vendrías? –le espetó Tesa Mimo.

Antes de abrirle, había escudriñado por la mirilla y, al verlo, había ido corriendo hasta la alcoba y había obligado a Haros Furgencio a que recogiera sus atavíos y se ocultara en el balcón de la sala de estar.

–Te lo dije, pero estoy muerto –le contestó Yegoci.

–¿Ya no ejerces de Presidente?

–Tengo el teléfono móvil, abajo hay dos coches de la policía que me avisarán si sucede un imprevisto y, pase lo pase, los presidentes también tienen derecho a dormir.

Aunque Tesa Mimo estaba desnuda, Yegoci no reparó en esa pequeñez, ni en el par de zapatos de deporte que había junto a la mesilla de noche, a los que sin embargo debió apartar para colocar sus propios zapatos como a él le gustaba.

–¿Y la perilla? –le preguntó Tesa Mimo para distraerlo.

–A partir de ahora van a cambiar muchas cosas, muchas –afirmó él mientras se quitaba los pantalones.

–¿Cómo cuáles?

–Como todo. Todo va a cambiar.

–Todo es demasiado, ¿no te parece? –le respondió Tesa Mimo sintiéndose un objeto más de esa colosal mudanza.

–Eso es lo que tienen las revoluciones: que todo cambia, y además de golpe. Y esta Revolución será la madre de todas las revoluciones. De eso me encargaré yo –dijo, y se tumbó en la cama sin echarle cuentas a que su lado estaba caliente. Por primera vez desde que se acostaban juntos, no se puso de lado para dormirse con el consuelo de las tetas de Tesa Mimo entre sus manos, sino que se tendió boca arriba y se durmió enseguida.

No habrían transcurrido ni dos minutos, cuando llamaban a la puerta del piso. Tesa Mimo acudió a explorar por la mirilla y vio a un par de individuos desconocidos.

–Son guardaespaldas del idiota de tu novio –susurró Haros Furgencio detrás de ella–. Me han visto y querrán saber quién soy.

–¿Qué hago?

–Si no abres, acabarán despertando a toda la vecindad. Abre.

Tesa Mimo abrió la puerta lo justo para asomar los ojos casi en vertical.

–¿Qué quieren? –dijo.

–Hemos visto a un hombre en el balcón –contestó uno de ellos.

–Es mi amante –explicó Tesa con naturalidad–. Si siguen aporreando la puerta, se despertará mi novio y se encontrará con el pastel. Anden, váyanse y déjennos con nuestras miserias, que esto no le incumbe a la nación.

Los escoltas eran sicarios del señor Suelo y durante la mayor parte de la jornada se habían dedicado a asesinar a miembros de la lista que había confeccionado Yegoci. A ellos no les importaba que se despertase el tipo al que estaban protegiendo, ni las penitencias que se deducían de aquella extraña relación a tres, ni lo que le pasara a la gran nación de naciones que era Occidente. En realidad, desde que Tesa Mimo entreabrió la puerta hasta que terminó de hablar, los guardaespaldas no estuvieron pendientes más que de los hermosos ojos azul zafiro de su interlocutora.

–¿Está usted desnuda? –le preguntó uno de ellos con la candidez de una raposa.

Aunque se había puesto una bata, Tesa Mimo respondió que sí para ahuyentarlos, como si se lo hubiera dicho a una visita inoportuna.

–En tal caso, vístase. Lo siento, pero tendremos que llevarnos a ese amante suyo.

–Bien, ahora sale.

Cuando la novia de Yegoci iba a cerrar la puerta, se lo impidió el pie de uno de los matones.

–Entraremos nosotros, si no le es molestia. La vida nos ha vuelto muy desconfiados –dijo.

Los dos matones querían llevarse al intruso y apurar el desviado goce de contemplar a Tesa Mimo en pelotas, pero cuando Haros Furgencio se puso en camiseta de tirantes frente a ellos y vieron el tamaño de su musculatura, se limitaron a permitirle el paso.

–Mis zapatos –demandó entonces el amante.

–Aguarden. Yo se los traigo –cortó con presteza Tesa Mimo.

Los matones y Furgencio se quedaron en el rellano de la escalera, esperándola. Esperaron durante un minuto, que era tiempo más que suficiente, y durante cinco minutos, que era una eternidad, y siguieron esperando, esperaron mientras hacían toda clase de cábalas, ¿le habrá sucedido algo?, ¿se le habrá olvidado?, ¿se habrá dormido?, hasta que Haros Furgencio dijo de entrar a ver lo que estaba pasando, pues no se podía ir sin zapatos, y los sicarios del señor Suelo que ejercían de guardaespaldas le contestaron que no debían consentirle ir solo y anduvieron con él de puntillas hasta la puerta de la única habitación del piso, donde vieron a Tesa Mimo de espaldas, cabalgando a Secto Yegoci, que se había despertado con la impresión de que llevaba dormido varios días y con la misma fortaleza en el preciso momento en que su novia se aprestaba a coger los zapatos de su amante.

Tesa Mimo, que veía a los que la estaban mirando por un espejo que tenía la cómoda, les hizo un gesto para que se fueran sin dejar de dar grititos de placer. Pero ninguno se fue, y se mantuvieron de pie en la entrada del dormitorio, observando el espectáculo, hasta que Yegoci se vació entre una aparatosa tormenta de bramidos.

–Y ya que has templado los nervios, duérmete –le dijo Tesa Mimo a su novio cariñosamente.

Yegoci contestó «sí» y se puso a roncar de inmediato.

Haros Furgencio y los dos guardaespaldas vieron a Tesa Mimo bajarse por su lado de la cama, rodearla, coger del lado de Yegoci los zapatos de deporte y llevarlos a la puerta de la habitación.

–Ya habéis visto bastante. Ahora, largo de aquí –les susurró entre tanto le entregaba a su dueño los zapatos en la sala de estar, y añadió luego–: No hagáis ruido al salir, que Secto tiene el sueño muy ligero.

Furgencio y los guardaespaldas asintieron con la cabeza y dieron media vuelta. Estaban a punto de salir, cuando oyeron a sus espaldas:

–¿Quién coño anda ahí?

–Son tus guardaespaldas, cariño –respondió Tesa Mimo.

–¿Qué hora es? ¿Han dado las siete?

–No, son las doce.

–¿Las doce de qué?

–De la noche.

–¿De la noche? ¡Joder, estoy como si me hubiera pasado ocho horas durmiendo! ¿Y qué quieren?

–Nada que no pueda esperar hasta mañana.

Yegoci se sentía fresco y con ganas de resolver incluso los asuntos más insignificantes. Por muchas barreras que su novia pusiera para defenderlo, él no podía obviar ni de día ni de noche su papel de Presidente en funciones. Se levantó, se puso los calzoncillos y salió de la alcoba. Solo entonces se percató de que Tesa Mimo estaba desnuda delante de los guardaespaldas. Él, sin embargo, era un liberal de principios y no le dio a ese pormenor importancia alguna.

–¿Qué ocurre? –dijo.

Los guardaespaldas, que debían urdir una mentira sobre la marcha, dudaron hasta el punto de complicar el desenlace de aquella situación tan comprometida, en vista de lo cual, fue Tesa Mimo la que contestó:

–Por lo que se ve, este hombre intentaba colarse en nuestra casa para robarnos –dijo señalando a Furgencio, que tenía los zapatos en la mano.

En una comparecencia de Alma Reimo en el Parlamento, Yegoci declaró que comprendía a los ladrones. «Ellos no tienen la culpa, los reos deberían ser los responsables de la desastrosa coyuntura económica», dijo. Era, evidentemente, una afirmación retórica, como se demostró poco después en una comparecencia de Bertus Jones, cuando Yegoci le replicó que comprendía a las víctimas que se tomaban la justicia por su mano. «Si el Estado no puede ofrecerles seguridad, los electores tienen derecho a defenderse por sí mismos», sentenció. Eso es lo que iba a hacer él, defenderse. Además, aquellos músculos tan exagerados eran lo opuesto a la asquerosa idea que tenía de su propio cuerpo, por más que intentara ocultarla abanderando el desdén hacia el aspecto físico de los seres humanos, que son pensantes por naturaleza y tienden a perder masa muscular al tiempo que a incrementar su capacidad craneal, como él decía.

–Lleváoslo a donde están los otros de la lista –dijo Yegoci, que con aquella resolución drástica se vengaba de sus compañeros de instituto por las incontables burlas que le habían gastado en las clases de gimnasia.